

FAMILIA: HOGAR Y ESCUELA DE COMUNIÓN

*Encuentro diocesano de agentes de Pastoral Familiar
Concordia
03 junio 2006*

Iglesia, “casa y escuela de comunión”

Nos dice el Papa Juan Pablo II: “Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo” (*Novo Millennio Ineunte* 43).

La familia, por ser Iglesia doméstica, está también llamada a ser “casa” (lugar donde se vive y experimenta) y “escuela” (lugar donde se transmite y aprende) la “comunión”, viviendo sus relaciones desde la mirada a Dios.

La familia, primer hogar para la comunión humana

El hombre necesita una “morada” donde vivir. Una de las tareas fundamentales de su vida es saberla construir:

Todo hombre necesita un hogar donde se sienta acogido y comprendido. Fuera de él las, relaciones se hacen superficiales y susceptibles de rechazos e incomprensiones.

El hogar debe ser, para el hombre, un espacio gozosa unidad, armonía, libertad.

La comunión de personas en el amor y servicio recíproco que conforma la familia debe vitalizar internamente las distintas relaciones personales, de esposos, de padres a hijos y de hijos a padres, de hermanos, que se suceden en su seno.

El amor conyugal, núcleo para la construcción de la familia

El amor esponsal es la primera relación que conforma la familia. Es el amor que los esposos se prometen al contraer matrimonio y que abre para ellos un futuro cargado de esperanza. En este futuro comprometen ambos su libertad en orden a construir su matrimonio.

Los esposos pueden encontrar en su amor mutuo el alimento y la luz de su caminar cotidiano, siendo ellos, y no las circunstancias, los verdaderos autores y protagonistas de su familia.

Las circunstancias pueden no ser favorables: nunca ha sido fácil sacar adelante la propia familia. Lo más importante es saber responder a estas adversidades con la fidelidad y la creatividad que nacen de la fuente de su amor esponsal, en la entrega generosa.

Pero actualmente la sociedad propone una falsa consideración de que la realización de los esposos puede darse fuera del matrimonio, debido a una sobrevaloración del papel de la profesión y del trabajo, del reconocimiento y del prestigio, o a las propuestas del placer y de las relaciones extra conyugales. Muchas veces esto conduce a desequilibrios personales y, por tanto, familiares.

El amor materno-paterno-filial

Sostenida por el amor esponsal se genera la relación paterno-materno-filial, que es fundamentalmente un amor donativo-receptivo.

En esta relación está en juego nada menos que la identidad del hombre: ser hijo exige ser acogido con ese amor incondicional que caracteriza la maternidad y la paternidad. Gracias a este amor, cada persona puede descubrirse como única e irrepetible, ya que es querida por sí misma. Al sentirse querido, el hijo percibe que vale, y esto sostiene la autoestima necesaria para sustentar un proyecto personal de vida.

La relación de paternidad y filiación es la primera relación indestructible que el hombre experimenta y que ha de saber integrar en su vida. Su falta, por los más variados motivos, es siempre un primer drama en la vida de un hombre.

La misión educativa de los padres, prolongación del amor procreativo

La generación de un hijo, que es amado por sí mismo, se prolonga en su educación, que consiste en darle en el tiempo lo que no se le pudo dar al traerlo al mundo. Por ello la educación es un derecho y un deber primero e irremplazable de los padres.

Constatamos no sin preocupación las dificultades que los padres de hoy tienen en la educación de sus hijos.

Algunos, abrumados por tantas tareas y ante la incompreensión del sentido último de su papel como padres, abandonan la tarea educativa que les corresponde para confiarla sin más a los centros escolares. A veces se agota su responsabilidad en la elección de centro “de acuerdo a sus propias convicciones”, pero la mayor parte de las veces de acuerdo a la presunta calidad educativa del mismo, o su cercanía, o las posibilidades económicas.

Sin embargo, la educación escolar es sólo una de las dimensiones del proceso educativo, que, privada del primario e insustituible papel educador de los padres, muchas veces, a pesar de nobles intentos, fracasa en su tarea de verdadera formación.

El resultado es que nos encontramos en la sociedad muchos jóvenes desarraigados (sin sólidas raíces familiares, también la inserción en la sociedad se debilita), sin un futuro ni perspectivas claras, cerrados en sí mismos y ajenos a los verdaderos retos que plantea la vida.

En los problemas de falta de integración social, han sido las familias estables quienes han podido asumirlos en su interior y amortiguarlos, mientras que las familias desestructuradas prolongan los problemas.

La convivencia familiar, escuela de fraternidad y de sociabilidad

Las relaciones de fraternidad son el siguiente componente de la convivencia familiar.

Tienen una riqueza personal singular que no se encuentra en otras relaciones humanas; es la riqueza de compartir en igualdad un único amor: el amor de los padres.

En esta relación se comprende que existe una primera comunión -la familiar- que precede a la propia elección y reclama la convivencia. La relación fraterna crea un ámbito que excede la simple justicia y que conforma la caridad, tan importante para configurar la sociabilidad de las personas.

Cuando escuchamos hablar de fraternidad entre los hombres, existe el peligro de reducirla a una relación formal sin contenido. El primer camino que tiene el hombre para

comprender lo que supone la fraternidad universal de los hijos de Dios es haber experimentado en verdad como un valor su fraternidad más directa con sus hermanos. Una fraternidad sin el amor de los padres es ficticia y acaba desilusionando.

La familia, base de una sociedad humanizada

El papel socializante de la familia, único e insustituible, debe ser reconocido y potenciado para construir una sociedad vertebrada y contribuir al proceso de “personalización”.

Gracias a la familia, la sociedad y la cultura podrán tener cada vez más la dignidad de la persona como centro y fin de su organización interna. Por esta razón, la familia está en el origen y la renovación de una cultura de la esperanza.

Las familias se fortalecen cuando rezan unidas, y unidas se alimentan del Pan de la Palabra y de la Eucaristía. Familias “desnutridas” espiritualmente son vulnerables a cualquier “virus” social (sobre todo, la manipulación de los valores). La Iglesia se va formando a partir de familias que toman en serio el Evangelio.

La Sagrada Familia de María, José y Jesús, en la comunión del hogar de Nazaret, llene de luz la vida de nuestros hogares y familias.

+ *Luis Armando Collazuol*
Obispo de Concordia

[***Regresar a Página de Homilías - Cartas - Mensajes***](#)